

## LIBROS

## Inauguración de un aeropuerto

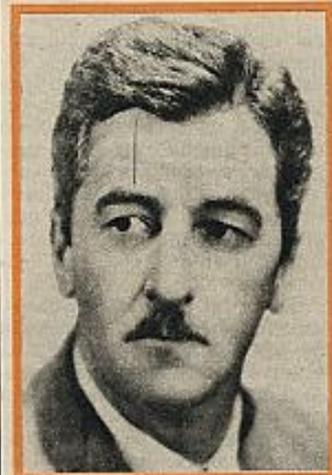
En 1935, Faulkner publicaba *Pylon*, cuya reimpresión puede ahora adquirirse en colección de bolsillo (1). De hecho, su máxima preocupación en aquel momento era la continuación de *Absalón, Absalón*, un manuscrito abandonado en 1934 por excesos de concentración y alcohol. Creyó conveniente relajarse escribiendo una aventura de pilotos de competición, para regresar más tarde a la historia de incesto y desolación con la cabeza más serena. Escribió *Pylon* apresuradamente, corrigió las pruebas por encima y siempre la consideró una obra menor. A pesar de que en términos generales se trata, en efecto, de una de sus novelas más convencionales, *Pylon* sigue siendo un impresionante hervidero de genialidades.

Faulkner se había comprado un aeroplano en 1933, con el dinero ganado tras la adaptación cinematográfica de *Santuario*, y ese mismo año había acudido a la inauguración del aeropuerto Shushan, de Nueva Orleans (2), escenario inmodificado de la tragedia que escribiría un año más tarde. En aquella inauguración, un grupo de cinégrafos empresarios organizó un festival aéreo en el que perdió la vida un piloto (Charles Kenily) y otros varios sufrieron accidentes de distinta gravedad. Los empresarios ignoraban que entre los asistentes se encontraba alguien a quien aquellas muertes rituales y aquel grupo de desarraigados que volaba en torno a la inmortalidad por un sueldo de miseria, le inspirarían un relato glorioso, una venganza de los muertos.

La narración es muy lineal, pero está escrita desde esa portería del infierno que alguien alquiló a Faulkner a cambio de su vida. El centro de la peripecia es un reportero cuyos ojos "semejaban los dos agujeros negros que quedan al atravesar una cartulina con un palo encendido". Ese reportero, otro realquilado del infierno, será el encargado de conducir a un trío de aviadores (una mujer y dos hombres) a su destrucción, con la más prístina de las inocencias. En una maniobra de largo alcance, Faulkner inspira su relato en *La tierra baldía*, de

T. S. Eliot, y si el reportero es una Némesis disfrazada de J. A. Prufrock, el piloto ahogado es Flebas, el fenicio muerto y redimido por las aguas.

Los aviadores de competición habían captado la atención de Faulkner no sólo por cierta simpatía de colega, sino sobre todo por su inútil y lujosa existencia. Malviviendo de carrera en carrera, con los dólares precisos para llenar de nuevo el tanque y llegar a la siguiente competición, siempre en peligro de quedar varados, como cetáceos sin aliento, en una ciudad extraña y enemiga, Faulkner bien sabía que se trataba de aves en trance de extinción. El aspecto he-



William Faulkner.

roico de lo efímero se le aparecía en aquella imprevisión o ceguera que empujaba a los pilotos a tratar de correr más que la muerte. De uno de ellos dice: "Como no prestaba atención, sólo pudo percibir ese pesado silencio que rodea a un hombre cuando cruza el eterno Rubicón de su maldad, en el preciso instante que precede al terror y antes de que el triunfo se vuelva desaliento, mientras la criatura humana grita su desesperado '¡Yo!' en un desierto lleno de incertidumbres y temores".

Y entre los pilotos, una mujer, Laverne (¿el Averno?), compartiendo su sexo con una pareja masculina y su destino con un hijo de quien ignora el apellido. Es ella quien excita la inexorable ayuda del reportero y quien indirectamente destruye el trío. Luego abandonará a su hijo para poder seguir adelante con un nuevo embarazo. Por desgracia, los lectores de esta edición no leerán la escena clave de Laverne, no por humillaciones de la censura, sino por humillaciones de la desidia. La correcta traducción de Yáñez, se vio obligada a suprimir en tiempos de Franco un coito mal visto por los fariseos del Minis-

terio de Información. Ese coito no ha sido restituído en la edición actual, no por el gusto emascador de los verdugos estatales, sino por la opaca inercia de los industriales. Laverne, antes de su primer descenso en paracaídas, aterrada por la idea de no volver a ver al piloto tras el descenso, le obliga a fornigar en pleno vuelo. Cuando salta, el traje se hace pedazos por la fuerza del aire y al caer en tierra, desnuda, es acosada por una horda de espectadores y policías simiescos que están a punto de lincharla. En la edición española, desaparecidos los elementos sexuales de la escena, el entusiasmo orgiástico de la muchedumbre es de todo punto incomprensible.

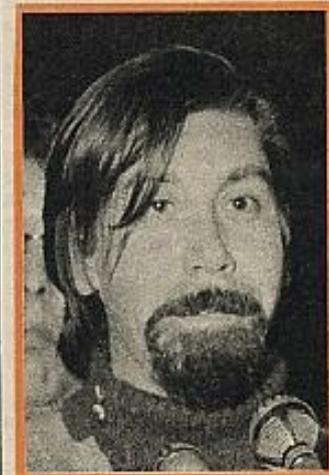
Un último personaje, Jiggs, hace de bisagra entre los pilotos, seres esenciales que se han acoplado a sus máquinas como se acoplan entre sí ("si se abrieran las venas, en lugar de sangre saldría aceite lubricante"), y el inconsciente delegado de Caronte, el reportero, Jiggs, impasible, más parecido a un caballo que a un ser humano, colabora en la urdimbre destructiva y brilla como mensajero de la oscuridad: "Había introducido su gorra en el bolsillo trasero del pantalón, doblándola y arrugándola, y la ausencia de dicha prenda en su indumentaria personal le daba el aire de un ciervo herido". Faulkner está señalando la calvicie de Jiggs, el lugar en donde la muerte ha comenzado a trabajar, y en donde se insinúa la calavera como una herida mortal. Jiggs será el único aliado del reportero, del superviviente.

Porque al final el reportero se libra de la destrucción y regresa a su periódico como Ismael regresó al suyo tras ver morir a Ahab en una carrera no menos interesante. Del mismo modo que Faulkner regresó a *Absalón, Absalón*, una vez concluido *Pylon*. Pero tuvo que interrumpirse de nuevo al llegar al capítulo 5, pues, ocho meses después de la publicación de *Pylon*, su hermano se mataba en un accidente aéreo. Se mató pilotando el aeroplano que Faulkner había comprado con los derechos de adaptación cinematográfica de *Santuario*, y se llamaba, como él mismo, William. ■ FELIX DE AZUA.

## "La revuelta permanente"

"La revuelta permanente", obra de Baltasar Porcel ganadora del último Premio Espejo de España, es la biografía exacta y

puntual de un viejo militante libertario, Joan Ferrer i Farriol, que a sus ochenta y dos años cumplidos y luego de treinta y nueve de doloroso exilio mantiene íntegras sus ideas, lúcida la mente y resuelto el ánimo a seguir luchando en su defensa. Pero más que una simple biografía —autobiografía, mejor, por cuanto Porcel se limita en apariencia a transcribir las palabras del biografiado—, por muy dramática y accidentada que sea la peripecia vital del protagonista, el libro reviste la capital importancia de ser la historia interna de la acción y el pensamiento de una parte



Baltasar Porcel.

considerable del pueblo español, factor principal y víctima semipiterna de nuestras grandes tragedias nacionales.

Asombra y desconcierta por partes iguales comprobar la supina ignorancia, el cabal desconocimiento de la mayoría de nuestros políticos e intelectuales, pasados y presentes, acerca del alcance y trascendencia de los sentimientos libertarios que impregnan capas extensas y profundas del proletariado español. En el mismo acto de presentación en Madrid de "La revuelta permanente", el profesor Aranguren —ejemplo de intelectual liberal y progresista— demostró con sus palabras que si había leído el libro, su esencia se le escapara. Sólo así se explica que tras desgranar unos sobados tópicos sobre doctrinas anarquistas que considera superadas y muertas, hablase de los libertarios españoles como de una rara especie de fanáticos pseudo-religiosos; románticos, pintorescos e incluso simpáticos en su cristianismo primitivo y altruista, pero totalmente desaparecidos en la sociedad actual, con escaso arraigo popular y menor influencia en la reciente Historia de España.

(1) William Faulkner, *Pylon*. Caralt, 1978.

(2) Michael Millgate, *William Faulkner*. Barral Editores, 1972.